

Bartolomé Yun Casalilla

# Los imperios ibéricos y la globalización de Europa

(siglos xv a xvii)



---

BARTOLOMÉ YUN CASALILLA

Los imperios ibéricos  
y la globalización de Europa  
(siglos XV a XVII)

Traducción de  
María Luisa Rodríguez Tapia

Galaxia Gutenberg

También disponible en eBook

Edición al cuidado de María Cifuentes

Publicado por  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: noviembre de 2019

© Bartolomé Yun, 2019  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2019

Preimpresión: María García  
Impresión y encuadernación: Sagrafic  
Depósito legal: B. 15992-2019  
ISBN: 978-84-17747-96-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

---

# Índice

Introducción . . . . .	9
------------------------	---

## PARTE I LOS PUEBLOS IBÉRICOS Y LA GLOBALIZACIÓN

1. Europa, Iberia y el Atlántico en el siglo xv . . . . .	17
El salto al mar . . . . .	17
Conflicto y expansión . . . . .	23
Portugal: el primer actor global . . . . .	33
Comunidades y Germanías. Los reinos ibéricos en el espejo europeo . . . . .	35
2. La expansión ibérica y Europa . . . . .	43
América. Conquista y desastre ecológico y humanitario . . . . .	43
Los portugueses en Asia . . . . .	59
Efecto bumerán: Europa y la península . . . . .	66
3. Los reinos ibéricos en el siglo xvi . . . . .	77
Contra el mito del atraso tecnológico ibérico . . . . .	77
Ecosistemas y crecimiento . . . . .	81
Economías no dependientes . . . . .	93
Unas reflexiones sobre crecimiento e instituciones . . . . .	102
Conclusiones Parte I. Algunos tópicos revisados . . . . .	107

## PARTE II MONARQUÍAS COMPUESTAS E INSTITUCIONES

4. Los imperios, ¿problema o solución? . . . . .	117
¿Por qué Castilla? . . . . .	117
España, pactos y conflictos . . . . .	127

El imperio como bálsamo y las dos revoluciones imposibles . . . . .	135
Portugal. La solución imperial . . . . .	145
Los límites del crecimiento. . . . .	152
5. Estereotipos y realidades . . . . .	157
Los estereotipos de la decadencia en perspectiva europea . . . . .	158
Las instituciones y su contexto . . . . .	162
Familia y redes sociales . . . . .	170
Una revisión de más lugares comunes. . . . .	177
6. 1600: la globalización primitiva y Europa . . . . .	191
La religión importa . . . . .	191
Agentes de globalización e integración . . . . .	202
Castilla y la competencia europea . . . . .	213
Conclusiones Parte II. Fortalezas y debilidades de la monarquía compuesta . . . . .	225

### PARTE III

#### IMPERIOS COMPUESTOS Y GLOBALIZACIÓN

7. El imperio compuesto hispano-portugués, 1598-1640 . . . . .	237
Los imperios ibéricos entrelazados. . . . .	237
Globalización corrosiva . . . . .	255
El talón de Aquiles . . . . .	261
Guerras globales . . . . .	273
8. Rupturas y adaptaciones. ¿Decadencia de quién? . . . . .	281
Castilla en crisis . . . . .	281
¿Imperios decadentes o pactos revisados? . . . . .	290
Del centro a la periferia . . . . .	309
Conclusiones Parte III. Imperios y leyendas . . . . .	321
Epílogo: ¿Imperios fracasados? . . . . .	327
Notas . . . . .	335
Bibliografía . . . . .	355
Índice onomástico . . . . .	399

---

## Introducción<sup>1</sup>

Los imperios tienen una justificada mala fama y los imperios ibéricos la tienen aún peor. La tuvieron en su día –como todos– porque la propia naturaleza de los imperios, como formas de ejercicio del poder sobre sociedades muy diversas y a menudo distantes económica y culturalmente, no puede sino desencadenar descontento entre estas. Y porque, también por propia naturaleza, han de convivir con rivales externos cuya capacidad de crear opinión es muy fuerte y se dispersa en ámbitos muy amplios. Pero se da el caso de que los imperios ibéricos fueron los últimos en Europa –junto al ruso, quizá– que se sustentaron en una serie de valores que habrían de entrar en crisis en el mismo momento en que se formaron los estados nacionales, la sociedad laica, el capitalismo y la revolución científica que están en la médula de la escala de valores desde la que a menudo miramos el pasado.

La salida al dilema que crea esta situación no está en el «y tú más» con que a veces se quiere superar la historia de conquista, dominio y destrucción que todos los imperios implican, sino en una consideración desde su propio contexto histórico que, además, no se olvide de la historia comparada, porque es la comparación la que nos puede servir para romper con estereotipos de excepcionalismo habituales en estos casos. Y más en países como España y Portugal, donde todavía hay quien los presenta como casos excepcionales, incluso entre los historiadores. La historia comparada tiene además la virtud de que convierte los casos distintos en variantes y no en aberraciones. Y estos imperios se han considerado demasiadas veces como aberraciones basándose no en su análisis sino en sus estereotipos. Este libro pretende (re)construir su historia desmontando esos estereotipos desde la perspectiva de la historia de las economías políticas de esos imperios; es decir, partiendo de cómo la organización institucional de estos, que es un reflejo de las relaciones sociales y de poder, ha afectado a sus economías y capacidad de movilización de recursos militares.

Pero situar a los imperios ibéricos en su contexto implica también, hoy, relacionarlos con el proceso de globalización que tanto nos preocupa a todos, así como con la historia de Europa en la que estos se insertaban y en la que se han de buscar los referentes de esas comparaciones. Así, este libro pretende entender cómo los imperios impulsaron la globalización anterior a la que aceleraría el capitalismo industrial desde el siglo XIX y cómo esta les afectó, al tiempo que se preocupa por los modos en que ese protagonismo influyó en la historia de Europa. Todo ello es muy importante no solo para el historiador, sino también para el público en general al que este libro quería llegar. Pues, en efecto, cuando hasta no hace mucho mirábamos la historia como un proceso de modernización en el tiempo, los países ibéricos aparecían como los rezagados en los profundos cambios que se habrían de dar desde fines del siglo XVIII y que parecían haber protagonizado sobre todo los países del norte de Europa. Pero si el problema que debemos estudiar ahora es cómo Europa fue un agente importante de globalización (veremos que no el único), es más que evidente que, para bien y para mal, el protagonismo de los pueblos ibéricos es innegable. Así lo demuestran el creciente interés y la riada de trabajos sobre ellos que se está produciendo en las últimas décadas (incluso más fuera de nuestros países que en ellos mismos).

Ello se debe también al interés por la historia global y al estatus privilegiado que esta ha adquirido. Los debates que se han desencadenado al respecto han sido muy importantes y alguno toca de cerca a los imperios ibéricos. Nos preocupa especialmente hacer ver que, incluso en una época en la que el desarrollo de los mercados globales era aún muy limitado, la vida de los pueblos ibéricos y europeos en general estuvo muy influida por los efectos de la globalización temprana en las instituciones y, por ese conducto, en la economía política y en las economías ibéricas.<sup>2</sup> Al entrar en ese terreno nos vemos obligados a retomar un debate hoy muy presente entre los economistas y los historiadores de la economía, como es el de las relaciones entre las instituciones informales y redes sociales y las instituciones políticas o formales, también un problema de actualidad, por cuanto, *mutatis mutandis*, nos remite a cómo las organizaciones políticas actuales se están viendo modificadas por el desarrollo de espacios de comunicación y de creación de confianza alternativos a ellas.<sup>3</sup> Tal debate nos permite además entrar con perspectiva crítica en muchos de los estereotipos sobre los que se ha construido la mala imagen que

desde el punto de vista económico han tenido ambos imperios, a menudo considerados como oportunidades perdidas para el desarrollo económico o como agentes que lo obstruyeron. Pero, además, esa perspectiva permite entender el papel de las organizaciones políticas en el curso de la economía y la creación de riqueza así como el proceso de construcción del estado en estas sociedades; un modo que dio lugar a formas de desarrollo político y de organización territorial de gran peso en la actualidad y que ha provocado lecturas muy pesimistas del pasado; sobre todo cuando se pierde de vista que los estados no necesariamente se construyen sobre la uniformidad y que hay modelos de desarrollo político perfectamente coherentes –Italia y Alemania son excelentes ejemplos– en los que la diversidad es la clave de ese proceso, con todos los inconvenientes que pueda generar. Para explicar este desarrollo debemos partir de que, desde prácticamente la época medieval, existieron formas diversas de negociación entre la monarquía y sus territorios que eran asimétricas y muy diferentes –más en España incluso que en Portugal– y que el modo en que se desarrollarían esas negociaciones entre el poder central y las élites locales iba a ser decisivo. De ahí que entienda la utilidad del concepto de monarquía compuesta.<sup>4</sup> Pero quisiera ser muy claro sobre esta afirmación: lo dicho no es una posición política ni intenta crear una receta para el futuro. La historia es útil para entender cómo el pasado crea los cimientos del presente, que no es poco, pero no para imponer recetas de construcción del futuro que vayan más allá de las que dicta el sentido común: la necesidad de diálogo, el respeto entre los pueblos y grupos sociales, la obligación de evitar la injusticia civil, social y económica... y otros que el lector puede añadir. La política, que es lo que construye el futuro, es en buena medida sentido común teniendo en cuenta el pasado, pero también sin atarse a él.

La tradición de entender Iberia como problema es muy larga y se encuentra ya en historiadores como Claudio Sánchez-Albornoz o Américo Castro.<sup>5</sup> Pero el que la historia de Iberia se haya visto como un caso clínico tampoco es de extrañar, pues a menudo los historiadores hemos proyectado visiones anacrónicas y muy negativas a partir de una percepción de fracaso que arranca ya del siglo XVII y que tomó cuerpo en el siglo XIX, cuando se conformaron la evidencia del atraso del sur de Europa y una serie de ideas sobre el papel de los imperios en el desarrollo económico. Según esta tesis, en contraste con los imperios del siglo XIX, los imperios ibéricos de los siglos XVI y XVII fueron meros

proveedores de materias primas, al tiempo que constituían mercados para los productos industriales que iban a producir crecimiento económico en el norte. El modelo, como es lógico, se usaba en positivo y en negativo. Allí donde no fue así estaríamos ante casos anómalos. Y España y Portugal, obviamente, lo eran. Se ha creído, por ejemplo, que se trataba de economías *semiperiféricas*, trasponiendo así las relaciones económicas que se dan hoy en el Tercer Mundo (Wallerstein, 1979; Frank, 1978). Se ha pensado también que eran países de guerreros y clérigos sin las capacidades técnicas e institucionales adecuadas para afrontar el reto que esas colonias suponían. Y hay quien ha descrito sus economías como incapaces de generar desarrollo e incluso crecimiento económico (Cipolla, 1976, p. 233; Kamen, 1978, p. 25). O quienes, como E. Hamilton, han hablado de cómo la riada de metales preciosos venidos de América solo sirvió para elevar los costes de producción y abortar el desarrollo del capitalismo. Al propio John Maynard Keynes le gustó tanto esta opinión que llegó a apropiársela (1936). Como no podía ser menos, hay quien ha visto en un supuesto modo de ser de los españoles y de los portugueses –concretamente en cuestiones como su, también supuesto, sentido de la honra y el honor o su desprecio al trabajo y hasta su falta de sentido empresarial– el freno continuo a un auténtico desarrollo económico. Para Pierre Vilar, el Imperio español fue la «fase superior del feudalismo», que necesariamente desembocaría en una decadencia de dimensiones profundas y duración prolongada. David Landes, en una publicación de gran difusión, ha hablado –tomando como punto de partida los razonamientos de Max Weber sobre el papel de la ética protestante como motor del capitalismo– de una cerrazón intelectual y una intolerancia católica que abortaron, según él, cualquier proceso de desarrollo técnico y crecimiento económico. Una visión que cuadra con la que nos han mostrado las economías peninsulares como sujetas a una ley de hierro de los rendimientos agrarios decrecientes, debido al cultivo de unas tierras de calidad cada vez menor que entró en contradicción con el crecimiento demográfico y el desarrollo de las ciudades. Más recientemente, Acemoglu, Johnson y Robinson (2005) han aplicado ideas de la nueva economía institucional, ya usadas por el premio Nobel Douglas North, para recordar el carácter depredador del absolutismo español (y portugués) y la debilidad de los derechos de propiedad que, en su opinión, crearon elevados riesgos muy negativos para el desarrollo económico.<sup>6</sup>

---

No se pretende demostrar que todas estas ideas sean absurdas, pero sí que en muchas ocasiones son excesivas a la luz de la investigación de las últimas décadas. Es probable que por esa vía nos ahorremos debates inútiles sobre lo mucho o lo poco que nos han querido a los españoles (a los portugueses también, aunque no parecen tan preocupados) para intentar entender el pasado.

Quisiera, por último, recordar aquí a Antonio Manuel Hespanha, a cuyas aportaciones tanto debo, que nos dejó cuando la versión más extensa en inglés había sido ya publicada.